

LA HACENDOSA LISA

Cuento de Pascua 1º

Hace mucho tiempo, en una ciudad vivían dos niñas pobres. No tenían padre ni madre, ni parientes, y aunque eran jóvenes, tenían que trabajar para ganar su escaso sustento con sus propias manos. En aquellos días, el trabajo de las mujeres estaba limitado a los quehaceres domésticos y a la rueca, por lo tanto las chicas trataban de ganar su pan diario hilando.

Las dos hermanas eran tan diferentes la una de la otra como el día y la noche. Por supuesto, ambas habían nacido de la misma madre y sin embargo eran muy distintas en su naturaleza. Una de las chicas era arrogante y poco lúcida; la otra era pensativa y trabajadora. Una era charlatana y perezosa; mientras la otra era callada, conseguía trabajo y trataba de aumentar sus medios. Cuando la laboriosa Lisi ponía su rueca en el rincón al lado de la estufa a las once de la noche, la perezosa había estado ya tranquila descansando durante un par de horas o se había ido a dormir.

Una víspera de Pascua, la hacendosa Lisi se sentó como de costumbre e hilaba en su rueca. La hebra corría suavemente por entre sus dedos, pero la perezosa ni siquiera había comenzado su tarea, sino que había salido con los chicas y corría y saltaba con ellas alrededor del fuego de Pascua. Mientras tanto, Lisi continuaba hilando y pensaba solamente en su trabajo.

La posición de la luna marcaba las horas en el cielo nocturno. Entonces, justo cuando Lisi había hilado todo el lino que le quedaba, la puerta rechinó y por ella entró una hermosísima señora vestida de blanco. La niña supo enseguida que aquella mujer era el hada madrina de aquellos lugares. Tenía cabellos largos dorados y portaba en su mano una rueca blanca como la plata y brillante como la seda.

El hada saludó inclinando su cabeza solemnemente a Lisi, se acercó y tocó la hebra de la niña. La señora le dijo alabándola:

*Lisi, la más querida,
siempre ocupada,
la hebra de tu rueca es fina,
así tu comida tienes ganada.*

Después tocó la rueda con su rueca de plata, sonrió y se fue.

Un poco más tarde, Lisi se fue a la cama. Pero sólo podía dormirse cuando su hermana volviera de sus andanzas. Cuando llegó, la holgazana chica se reía y se tiraba sobre su cama alardeando de todas las cosas maravillosas que Lisi se había perdido esa noche.

Así, cuando el sol de Pascua entró por la ventana, Lisi fue la primera en despertarse. Asombrada, se frotó los ojos, pues su habitación era ahora de oro brillante y toda la

habitación estaba llena de luz dorada. Rápidamente saltó de la cama y frotó su rueca dorada con su dedo, trató de levantarla del suelo, pero era demasiado pesada porque desde toda ella era de oro puro macizo. Y la madeja que había estado hilando la víspera de Pascua brillaba como la seda. Ovilló madeja tras madeja y lo hizo por decenas, pero la bovina siempre estaba llena y el hilo no tenía fin. Así, tuvo una interminable fuente de riqueza como recompensa de todo su constante trabajo.

La perezosa, al ver todo esto, sacó ansiosa su rueca llena de polvo, pero donde normalmente está el hilo no hilado, solo había heno gris. Y luego, temiendo lo peor, miró en su armario donde almacenaba el lino y encontró allí, en lugar de hermosos vellones, solo heno seco y paja.

Por todo esto en la región donde pasó eso todavía dicen hoy:

-“El sábado de gloria, la rueca debe estar vacía, si no, el hada madrina vendrá y te traerá heno seco”.

Aportación de IdeasWaldorf